

capitan, y si no hubiéramos tenido su vigilancia y cuidado, aquí hubiéramos perecido;» y volviéndose al gobernador le dijo: «¿Cómo no habla V. S? ¿ahora calla que es menester no hacer caso de votos tan bandoleros? el rey es mi gallo;» y viendo que callaban todos, les dió voces que hablasen; entonces dijo el gobernador: «Hágase así, señora Beatriz Hernandez, y púeblesse do está señalado;» y todos contentos de que una mujer los sacase de confusiones, vinieron en su parecer, que casi todos lo querian así, y no osaban á hablar por ser en tierras de Guzman, que los tenia tan sujetos cuando los gobernaba, que con estar en España aun tenian miedo de él. El gobernador dijo: que no tenian para qué rehusar poblar la ciudad adonde se trataba, pues todas eran tierras del rey, y que ya no habia que hacer caso de las cosas de Guzman; que temiesen á los enemigos á quienes cada día tenian encima y los querian acabar, y era lo mas forzoso y dificultoso de reparar, y que cuando fuera contra la voluntad de Guzman, dado caso que volviese veria la razon y la causa que les movió á hacerlo, y lo tendria por bien; además que la necesidad carece de ley, y que pues estaban ya de mudarse, que luego proveyesen de personas tales para que fuesen y viesen dónde se habia de fundar la ciudad; y así nombraron á Juan del Camino y á Miguel de Ibarra, los cuales fueron al valle de Tonalá y pueblo de Atemaxac, y de allí pasaron al pueblo que es ahora de Toluquilla, y hallaron aquella hermosa fuente, y habiéndoles parecido bien, luego discordaron ambos capitanes, porque Miguel de Ibarra decia que allí era mejor que donde se pobló despues, que fué en el puesto donde ahora está, y Juan del Camino dijo que no era bien se poblase en el ojo de agua de Toluquilla, que era cenagoso, además que era hacerle doblado agravio á Guzman, que tenia allí su estancia. Así se conformaron, y fueron al puesto en donde hoy está la ciudad de Guadalajara, y echaron de ver ser mejor aquel sitio, por tener unos llanos y ser mas acomodado para correr, si viniesen los enemigos; buen arroyo de agua y muchos manantiales, con buenas entradas y salidas para todas partes, y les pareció podrian meter el arroyo en la ciudad, y se engañaron, porque despues fué dificultoso el hacerlo; pero hicieronse muy buenos pozos, y los hay. Y habiéndolo visto todo y ser el sitio y valle tan desembarazado

para poder pelear y correr, se trazó la ciudad y se repartieron solares para todos los vecinos, con que se volvieron y dieron cuenta al gobernador de lo que habian hecho, y á cada vecino dieron su solar y traza para que acudiese á hacer su casa; y luego se salieron muchos vecinos de la ciudad combatida, y se pasaron al valle de Tonalá y sus pueblos, para desde allí acudir á hacer sus casas, que no veian la hora de irse, de tan espantados como quedaron de la rota, y por salir de un sitio tan triste y desventurado, que no era otra cosa que un cautiverio y destierro terrible, y solo esto bastaba para despoblarlo.

## CAPITULO XXXV.

En que se trata cómo estando Cristóbal de Oñate dando orden de mudar la ciudad de Guadalajara adonde se habia determinado, llegó nueva que el virey D. Antonio de Mendoza venia al socorro y estaba en el valle de Cuiná, combatiendo la fuerza y el peñol, y de lo que sucedió.

Salió de México el virey D. Antonio de Mendoza á los principios de Enero del año de mil quinientos cuarenta y dos, habiéndose apercebido para la jornada en el de mil quinientos cuarenta y uno, y esto á los fines, y llevó mucho ganado menor y mayor, porque con la guerra habia gran falta de todos bastimentos; y en este tiempo, mientras él y su ejército llegaron al valle de Cuiná, mandó el gobernador Cristóbal de Oñate que veinte de á caballo fuesen al valle de Tlacotlan y Contla hasta Mesticacan, y viesen aquellos pueblos si con la matanza habia quedado alguna gente, y qué traza tenian, porque segun los que habian muerto en la batalla, se entendia no habia quedado ninguno, y que habiéndolo visto diesen luego la vuelta sin detenerse; y los mas que fueron á este viaje eran encomenderos de aquellos pueblos, de quienes fué por capitan Juan del Camino. Habiendo llegado el capitan Juan del Camino al pueblo de Tlacotlan, hallaron en él tanta gente que parecia no faltaba en él ninguno, y muy espantados los indios; y llamándolos salieron de paz, y los españoles los acogieron con mucha llaneza y mansedumbre, mandándoles fuesen á la ciudad á dar al gobernador la



obediencia; y de esta suerte fueron por todos aquellos pueblos visitándolos, y ellos vinieron á dar la obediencia al gobernador, llevando muchos bastimentos; y habiendo llegado al pueblo de Meticacan, dijeron los indios á su encomendero Juan de Zubia no pasasen adelante, porque los cascanes estaban muy rabiosos y bravos, y los matarian, los cuales andaban aperciéndose para volver sobre la ciudad; con que el capitán Juan del Camino dió la vuelta á la ciudad con su gente, y razón de lo que habia en aquel valle, que era de la nación de Tequex, y de la noticia que tuvieron de los intentos de los cascanes, lo cual puso en algun cuidado á todos y en particular al gobernador. Oidas estas nuevas, en que todo era contar trabajos y sangre, mandó á los mensajeros descansar allí algunos días, que lo habian menester; y otro día siguiente llegó un correo del valle de Cuiná y Cuitzeo á dar aviso al gobernador Cristóbal de Oñate cómo el virey D. Antonio de Mendoza habia llegado al peñol de Cuiná con quinientos españoles de á pié y á caballo y con diez mil indios mexicanos y tlaxcaltecas, y que los españoles era la caballería mas lucida de México, y se deja entender seria así, por salir con tal persona. Despachó el virey este correo por saber en qué habia parado el cerco de la ciudad de Guadalajara y el suceso que habia tenido, porque venia á quitar el cerco de los enemigos.

Recibióse con grande alegría y contento esta nueva, porque ya parecia que todo se allanaba, y más con la milagrosa victoria que habian tenido en la ciudad; y otro día el gobernador despachó el correo con otro de los vecinos de la villa, dando el parabien al virey de su llegada, y cuenta de las cosas que habian pasado y pasaban en el reino, y de lo sucedido hasta entonces, con que partieron los correos para Cuiná, y el gobernador Oñate mandó reparar algunas casas de la ciudad, por si acaso viniese allí el virey D. Antonio de Mendoza, porque como estaba arruinada y atrasada no estaba para vivir, y así se aderezó lo mejor que se pudo. Y estando en estos apercebimientos, y el virey en el valle de Cuiná y rio de Cuitzeo, donde los indios de este rio le salieron de paz, porque nunca se alzaron, y los de Cuiná habian salido muy bravos y de guerra y habiéndoles llamado de paz, con palabras fingidas detuvieron la respuesta dos días, y al cabo de ellos se empeñola-

ron en unas rocas, siendo la entrada, que era de abajo para arriba, de una punta á otra de un antepecho con doce albarradas anchas de un estado en alto, y allí se empeñó toda la gente de aquel valle, que serian mas de doce mil indios de guerra; y esperando el virey la respuesta y resolución de lo que se le habia enviado á decir, le dijeron cómo una legua de allí estaba empeñada aquella multitud, que no habia quedado persona en lo llano. Visto el caso por el virey, mandó marchar el campo para la fuerza y peñol, y asentó su campo enfrente de él, de tal suerte que si no era despeñados de ninguna suerte se podian escapar; y habiendo sus reales, estancias y artillería y todo puesto á punto para el combate, les envió á requerir con la paz, y ellos respondieron con mucha flechería, hondas y piedras.

Túvoles cercados diez días, batiéndoles cada día sin cesar, al cabo de los cuales les faltó el agua, porque en lo alto del peñol no la habia, y los nuestros les habian cogido el paraje adonde cogian el agua: envióles otra vez el virey á decir se diesen de paz, y dijeron que no querian, y que antes se matarian que entregarse á los españoles; con esto se avivó el combate con tanta fuerza, que se entendió que de esta vez los ganarian; y viendo esto los indios mexicanos amigos usaron un ardid, que se vistieron todos en su traje, y mas de doscientos cogieron cántaros de agua y fueron hácia la entrada del peñol como que les llevaban socorro, y los indios mexicanos que quedaban comenzaron á hacer que resistian al meterles el agua, y con este engaño los enemigos que estaban en el peñol, entendiendo que los que llevaban el agua eran de los suyos, abrieron la entrada y entraron dentro, y tras ellos acudieron los demas indios mexicanos á ayudar á los suyos, y los españoles entraron á defender á los amigos. Visto el caso por los enemigos, y que estaban perdidos, se comenzaron á matar unos con otros y á despeñarse, y arrojaban sus hijos achocándolos, que causaba lástima, y de esta suerte murieron y se mataron mas de cuatro mil indios, sin niños y mujeres, que no fué posible remediarlo; y habiendo entrado los nuestros en la fuerza, sobre defender no se despeñasen mataron otros dos mil, y de los que quedaban se hicieron mas de dos mil esclavos; y queriendo hacer justicia de algunos, dijo el virey: «Harta ha venido sobre ellos y la han tomado por



sus manos; no les hagan mal, que algunos hemos de dejar que habiten estas tierras;» (que cuando esto se escribe, que es en el año de mil seiscientos cincuenta y dos, no hay ocho indios en Cuiná).

Así que se acabó de vencer el peñol y fuerza, llegaron al virey los correos de la ciudad de Guadalajara, con que tuvo nuevas de lo que pasaba en ella y la victoria que habían tenido, que no la pudo saber hasta entonces, porque como sucedió día de S. Miguel, y había ciénagas y rios y estar toda la tierra encendida en guerras, no se pudo dar aviso hasta entonces. Holgóse el virey de saberlo, porque con esto y la victoria del peñol iban las cosas de los españoles en gran pujanza: descansó algunos días, aunque pocos.

#### CAPÍTULO XXXVI.

En que se trata cómo el virey D. Antonio de Mendoza determinó ir al peñol de Nochistlan, y de lo que sucedió en el camino.

El virey determinó ir al peñol de Nochistlan sin llegar á la ciudad de Guadalajara, por lo cual envió un correo al gobernador Cristóbal de Oñate para darle razon del buen suceso que había tenido en el peñol de Cuiná, y que por conducir con brevedad la pacificación de la tierra no podía llegar á la ciudad, que le saliese al camino luego, porque iba derecho al peñol de Nochistlan á desbaratar aquella fuerza tan soberbia de enemigos; y así que despachó el correo comenzó el virey á caminar por su campo llevando su viaje; y salió por los altos del valle de Cuiná por el Cerro-gordo y valle de Zapotlan y Acatic á salir al vallecillo de Mescala, y todas aquellas poblaciones, que eran de gente tequexa, salieron de paz, por ser mas pacífica que la cascana: llegó al rio de Temacapulli y descansó dos días. El gobernador Cristóbal de Oñate, luego que supo la victoria del peñol de Cuiná y la derrota que llevaba el virey, apercibió su gente y sacó de la ciudad cincuenta soldados de á pié y á caballo, y dejó en ella otros cincuenta para que la guardasen, y señaló por su capitán á Juan del Camino, y por capitán de los cincuenta que iban con él á Miguel de Ibarra, que era encomendero de los del peñol de Nochistlan, y fué de mucho prove-

cho y importancia su ida, como adelante se dirá, y comenzó á marchar cogiendo el camino por el de Contla arriba á encontrar con el virey. Todos los pueblos le salieron de paz, y habiendo bajado al rio de Temacapulli, allí le halló, y luego fué á besarle la mano y á darle el parabien de su venida, y el virey le dijo: «Señor capitán, fuerte y valeroso muro de la Galicia, sea muy bien llegado;» á esto respondió Oñate: «Merced es esa muy grande que V. S. me hace, no cabiendo en mi cortedad tal nombre y título. Eso y mucho mas se puede decir por V. S., y decir otra cosa sería querer yo robar y alzar me con el nombre y renombre de un príncipe tan grande como V. S. es, viniendo á socorrer á un soldado como yo, de los mas mínimos que V. S. tiene en su campo; y así como uno de ellos me pongo debajo de la bandera y amparo de V. S. á quien suplico me mande como uno de ellos.» Á esto le respondió el virey que él y los suyos venian á su casa, y que como señor gobernador y capitán del reino le podía mandar en todas ocasiones, y ellos obedecerle. Entonces Oñate le besó las manos, y tuvieron muchas razones y buenos comedimientos, que en aquellos tiempos se usaban diferentes cortesías con los hombres principales que en estos.

#### CAPÍTULO XXXVII.

En que se trata de cómo llegó el virey D. Antonio de Mendoza al peñol y fuerza de Nochistlan.

Partió el ejército de Teocaltiche, y mandó el virey marchar con mucho concierto y recato por una llanada grande, por cuanto estaban cuatro leguas del peñol, y encontraron con un indio ladino en mexicano; le preguntaron de dónde era, el cual dijo que era criado de Miguel de Ibarra, que estaba con los empeñolados en Nochistlan, los cuales habiendo sabido que habían venido sobre ellos tantos españoles, le enviaron los caciques á que supiera si entre aquellos españoles venian otros de la ciudad de Guadalajara; y si venia allí su señor Miguel de Ibarra, que le venia á avisar se volviese, porque decian que á él y á los demas habían de matar,